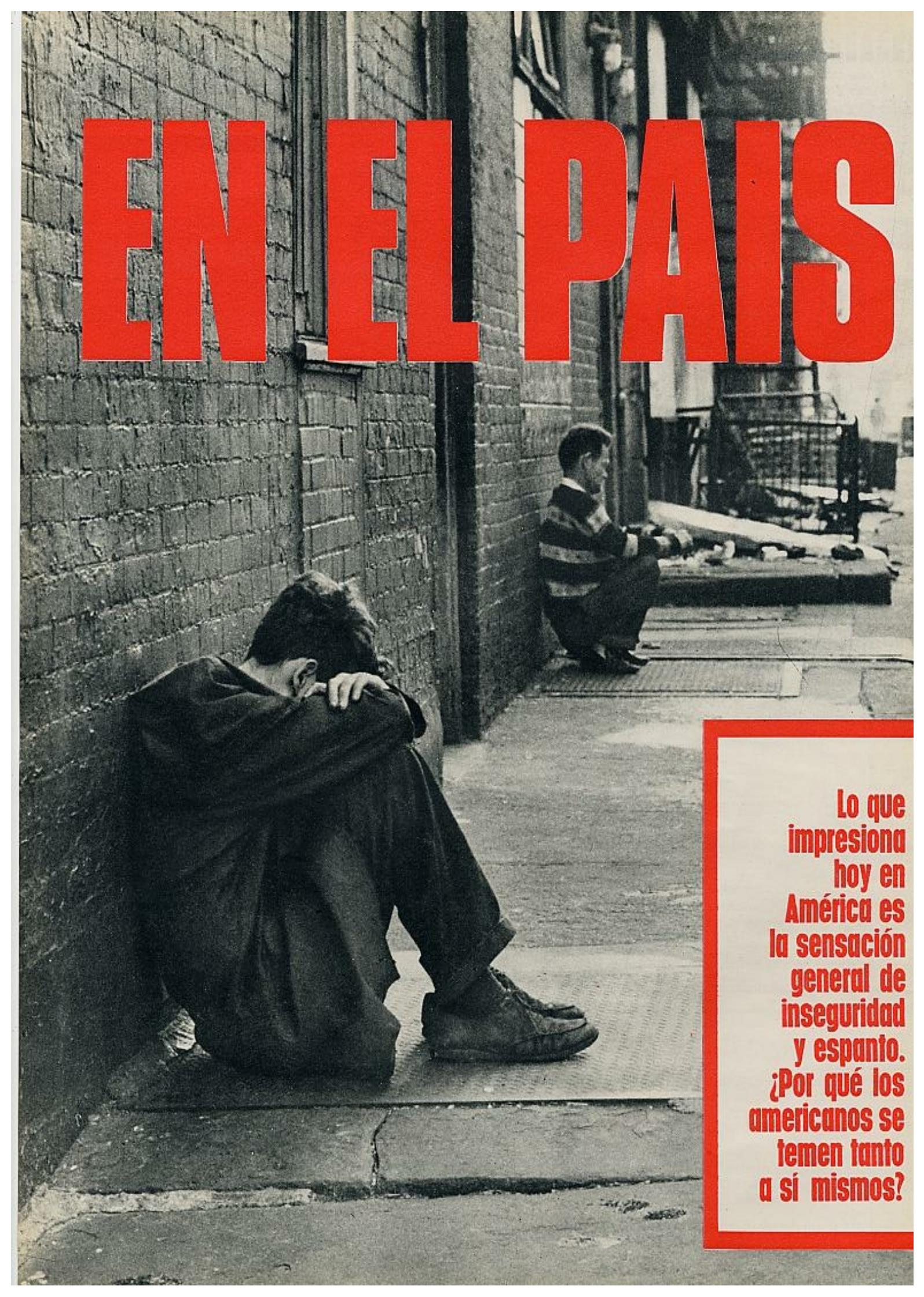


# EN EL PAIS



Lo que  
impresiona  
hoy en  
América es  
la sensación  
general de  
inseguridad  
y espanto.  
¿Por qué los  
americanos se  
temen tanto  
a sí mismos?

# DEL MIEDO

**2** El sentimiento de miedo tiene, generalmente, dos orígenes. Puede ser el miedo de algo real, seguro, amenazador, frente al cual se siente uno inferior e impreparado; o bien, el miedo de una cosa total o parcialmente imaginaria, esto es, miedo de algo que nos hemos inventado nosotros mismos en todo o en parte. Este segundo miedo es en sustancia miedo de tener miedo, o sea, miedo de la relación que se establecería entre nosotros y las personas o las cosas que nos atemorizan, si ciertos acontecimientos se verificasen. En otras palabras,

en este segundo caso no es el miedo de la cosa lo que nos atemoriza sino más bien la incapacidad de establecer con ella una relación que no sea de miedo. Por ejemplo, el caballero, al que un brioso caballo le ha desmontado de la silla por primera vez, la segunda vez que cabalga tiene tanto miedo del caballo como de sí mismo, es decir, tiene miedo de no saber renovar nunca más con el animal la antigua relación de confianza irracional y (precisamente porque irracional) completa. Este preámbulo sobre el miedo, quiere ser una pequeña introducción a la descripción

del fenómeno del miedo social en los Estados Unidos hoy. He estado cuatro veces en América: en 1936, 1955, 1964 y 1968. Si me preguntasen qué he encontrado verdaderamente de nuevo en este país siempre nuevo, respondería: el miedo. Es precisamente ese miedo al cual me he referido anteriormente: el miedo a ser obligados mañana a tener miedo. Ciertamente lo que impresiona hoy, a primera vista, en los Estados Unidos es un sentido universal de inseguridad física y en absoluto imaginario. Amigos y conocidos os harán



**POR  
ALBERTO  
MORAVIA**

# EN EL PAIS DEL MIEDO

a vuestra llegada a Nueva York, recomendaciones singulares, con gran naturalidad, para una situación ahora admitida y pacífica: no pasear de noche por Central Park, porque está infestado de bandas de «teen-agers», es decir, jóvenes gamberros, gente de color enfurecida, drogadictos en busca de dinero para comprarse drogas, delincuentes comunes; no aventurarse en el barrio negro de Harlem ni de día ni de noche porque el color de la piel (en este caso, la blanca) constituye ahora en América una provocación; no deambular por ciertos sectores de la ciudad (como, por ejemplo, el Bowery, el barrio de los portorriqueños) porque los encuentros desagradables de todo género (desde el empujón hasta la puñalada) pueden siempre ser posibles. Francamente, algunos aconsejan no tomar el «subway» (el «metro») en las horas de escasa afluencia de público, porque todo puede suceder, bien sea en un vagón casi vacío mientras el tren corre porfiadamente (como se ha demostrado en una reciente película y como ha ocurrido realmente), bien sea en los corredores de enlace, siniestros meandros de sucios ladrillos de loza blanca en los cuales uno puede ser agredido y robado, y también asesinado, sin que nadie se aperceba.

Personalmente, recuerdo haber pedido a un taxista atravesar Harlem y recibido una negativa. Le pregunté si temía ser agredido y respondió que no: solamente que no le «gustaba» atravesar Harlem. En esta frase se halla precisamente el miedo indirecto del cual he hablado antes, es decir, el miedo a tener miedo. Por lo demás, que Harlem causa miedo lo demuestran los que se dan ínfulas de valientes llevándose al barrio negro y mostrando minuciosamente las ochocientas filas de casitas rojas, las largas y sucias aceras pobladas de negros ociosos. Como un domador que os invita a acariciar la cabeza del león mientras asegura que no es más que un gato, un gran gato del todo inofensivo. Aquí el miedo adopta el rostro del valor.

Llegado a este punto, es necesario decir que estas recomendaciones nacen de la primera clase de miedo, el miedo directo e inmediato de un peligro concreto. Este miedo, por otra parte, concierne a una co-

sa que en América siempre se ha dado. Los Estados Unidos, bajo la apariencia de país superorganizado, no son de hecho iguales a las viejas naciones europeas con sus estratos fósiles e inmóviles de antiguas clases, subclases, comunidades, grupos y subgrupos; más bien podrían ser comparados con un volcán todavía activo, en el cual, bajo la exuberante vegetación que recubre el fondo del cráter, se esconde, todavía ardiente y fluido, un magma étnico y social siempre pronto a estallar. América no ha cesado todavía de ser un país «frontera», es decir, un país recorrido en todos los sentidos por vagabundos, nómadas motorizados o no, criminales en fuga, asociales de todo género. La única novedad (y aquí vuelvo al discurso del miedo de tener miedo) es que se tenga miedo de ellos. O, mejor dicho, que se tenga más miedo que en el pasado.

Pero, entonces, ¿de dónde viene el miedo de tener miedo?

Proviene, a mi entender, de dos motivos. El primero, de especie social y política; el segundo, psicológica y cultural. Comenzando por el primero, quisiera decir que en cierto modo hoy los Estados Unidos se encuentran privados de un verdadero Gobierno.

## donde la burguesía es más potente

El hecho de que Johnson anunciase que, contrariamente a la tradición, no se presentaría para ser elegido presidente una segunda vez, equivalió, según mi opinión, al menos en sentido psicológico, a una dimisión de dicha presidencia. Y esto precisamente cuando América se encuentra en uno de los momentos más dramáticos de su historia: con una guerra desastrosa en Asia y la rebelión negra, hippy y estudiantil en casa. Es cierto que los Estados Unidos son la más antigua y más estable democracia parlamentaria que existe hoy en el mundo (se remonta al año 1787, año de la promulgación de la Constitución), pero también es verdad que América, como he dicho, es un país en estado fluido, sin verdaderas clases, o, mejor, con una sola clase: la

«middle class», o clase media, y que esta masa compacta, enorme, uniforme y conformista está sujeta a movimientos irracionales de pánico, de resentimiento y desesperación mucho más que las sociedades esfumadas, fraccionadas y atomizadas europeas. Sí, América es hoy el país donde la burguesía es más potente y persiste más intacta y obstinadamente fiel a sus temas originarios. El país (comparable en este sentido solamente a la URSS) donde hay mayor número de hombres que creen en la misma escala de valores convencionales. Pero al mismo tiempo, y quizá precisamente por esto, es también un país que tiene una instintiva necesidad, primitiva, de sentirse guiado y gobernado por un solo hombre que sea al mismo tiempo un modelo a imitar y un espejo fiel en el cual reflejarse. Johnson, tras su dimisión, ya no es ni lo uno ni lo otro; por lo demás había cesado de serlo hace tiempo a causa, principalmente, de la guerra de Vietnam. Este vacío en la Casa Blanca y la sensación de inseguridad que nace de ello, están agravados, además de por la guerra y la rebelión contra el sistema, por el desorden tumultuoso de las elecciones, en otros tiempos llenas de vitalidad y democrática alegría, pero este año, angustiosas, bien sea por los asesinatos de Luther King y de Bob Kennedy o por la personalidad poco tranquilizadora de los dos probables candidatos finales a la presidencia, Humphrey y Nixon. En otros términos, la enorme, fluctuante e infantil «middle class» americana se siente traicionada (y lo está) por el sistema democrático al cual hasta ahora le había otorgado toda su confianza. Este sistema le parece que ya no funciona, o, lo que es peor, que no funciona más en sentido democrático; primero, porque permite a un hombre profundamente «unreliable» (esto es, desleal) como Lyndon Johnson sostener ante sus narices una guerra inmoral y desastrosa para después lavarse las manos en los momentos de mayor dificultad, y, luego, porque propone, o, mejor dicho, impone la elección entre dos candidatos mediocres y forzados, gratos solamente a los «boss» de los partidos: el «yesman» (optimista a toda costa) Humphrey y el abogado po-

litiquero y reaccionario Nixon. De ahí ese sentimiento de miedo que hemos definido: miedo a estar obligados mañana a tener miedo.

Una prueba de este sentimiento de miedo se puede encontrar en el asesinato de Luther King. Estuve en Washington en la llamada «Resurrection City», es decir, en el parque público en el cual en tiendas y barracas estuvieron alojados, junto a la Casa Blanca, más de dos mil participantes en la «Poor's March», la marcha de los pobres.

## la marcha de los pobres

Esta manifestación había sido querida y organizada, poco antes de su muerte de manos de un asesino, por Luther King como última y extrema respuesta a los extremistas del «Black Power», que no querían saber nada de la política de no-violencia. Luther King, en el momento de su muerte, estaba ya desacreditado a causa, precisamente, de su moderación; la marcha de los pobres, extraña y original invención de sabor medieval y cristiano-primitivo, era la última carta que le quedaba por jugar. Para comprender su alcance, es necesario recordar que la pobreza en los Estados Unidos es el gran (y escandaloso) descubrimiento de estos últimos años. Un libro como «La otra América», de Michael Harrington, ha revelado a un público asombrado e incrédulo que en los Estados Unidos existen cincuenta millones de pobres, y que en algunos lugares el nivel de vida no es superior al de la India. Pero Luther King sabía que la marcha de los pobres sería en realidad la marcha de los negros. De hecho, de los cincuenta millones de americanos pobres, veinte millones, que es como decir la casi totalidad del grupo étnico, son negros. Como dice Harrington: «En los Estados Unidos no sólo se es pobre porque se es negro, sino que se es negro porque se es pobre»; queriendo significar con esto que el racismo manifiesto o latente de los blancos hace que el color de la piel y la pobreza se identifiquen, como sucede en la India con los «out-

cast» y los parias. De todos modos, el eufemismo de utilizar «pobre» en lugar de negro revelaba en Luther King, además de una singular mentalidad evangélica, no solamente pre-marxista, sino también pre-revolución francesa, la intención moderada y conciliadora de trasladar la protesta del campo racial al económico.

### el campo de «resurrection city»

Como he dicho, estuve visitando el campo de Resurrection City en Washington. Había llovido ininterrumpidamente durante muchos días, y el campo, un amontonamiento de tiendas de tipo militar y barracas improvisadas, era un lago reluciente de fango. Bajo las ramas bajas de los árboles, en medio de la lluvia que continuaba cayendo, Resurrection City, con sus bulliciosas tiendas, con todos aquellos negros vestidos con modestos atuendos pero de vivos colores y ropajes campesinos, que chapoteaban y saltaban en el lodo en continua confusión y aparentemente sin fin, hacía pensar en los campos de prófugos de la posguerra en las más pobres regiones de mi pobre y rústico Sur italiano. Quiero aclarar que no era una pobreza plañidera (como sucede, de costumbre, en los siniestrados y prófugos urbanos), sino indiferente y negligente; la pobreza de la gente que en su vida no ha conocido más que la pobreza, tanto así que Resurrection City, con todo su fango y su incomodidad, les debía causar un efecto parecido al de una feria de pueblo. Me acerqué a unas muchachas y muchachos negros y les interrogué: eran extremistas y desesperados como los de Watts o Harlem, pero con una rústica serenidad muy distinta de la frialdad casi siniestra de sus hermanos de la ciudad. Esto, que no sucede jamás hablando con los negros de las zonas urbanas, ocurrió con las muchachas, las cuales, respondiendo a mis preguntas, «sonreían». ¡Encantadoras, deslumbrantes sonrisas de bocas africanas en rostros esculpidos en el ébano y delineados, no como los ros-

tros de los blancos en las sombras, sino en la luz! Después estuve entrevistando al reverendo Abernathy. Continuaba lloviendo ininterrumpidamente. El reverendo, un hombre rechoncho, bajo, ancho de espaldas, de rostro redondo de campesino, permanecía en pie en el fango rodeado de un grupo frenético e imbécil de fotógrafos aficionados, de reporteros y gente de la televisión. Me abrí paso y apenas tuve ocasión de formularle algunas preguntas: «¿Qué piensa de Leroy Jones (el poeta, uno de los líderes de los extremistas)?». «Pienso que cada uno debe cumplir con su deber; el poeta debe hacer el poeta; el hombre político, el hombre político». «¿Qué significa la "Poor's March"?». «Es nuestra última tentativa en el camino de la no-violencia». «¿Qué pide la "Poor's March"?». «Job, job, job» («Trabajo, trabajo, trabajo»). En este momento,

una máquina fotográfica me plantó el objetivo tras la oreja, un reportero me puso la zancadilla y un hombre de la televisión me empujó hacia atrás con un codazo en el estómago. Adiós, reverendo Abernathy.

### el hombre blanco ama el pasado

Ciertamente, frente a la tentativa conciliadora de la «Poor's March» los extremistas, los Carmichaels, Rap Brown, por una vez habían querido aceptar la llamada a la solución democrática y se habían adherido a la manifestación. En otras palabras, por un momento se había perfilado una unidad en la multiforme y a la vez pasiva (por estar terrorizada) masa negra. Ha sido suficiente para que desencadenase aquel miedo de



«América se encuentra en uno de los momentos más dramáticos de su historia: con una guerra desastrosa en Asia, y la rebelión negra, hippy y estudiantil en casa...».

tener miedo, del cual he hablado, y que Luther King fuese asesinado por mano de un sicario pagado por los mismos grupos que hicieron matar en Dallas al presidente Kennedy. Hay que resaltar que han matado a King y no a Rap Brown. Los negros deben permanecer divididos y ser fanáticos y provocadores de manera que se pueda tener, cuando se demuestre necesario, un buen pretexto para aplastarlos. Lógica del miedo.

Los negros producen miedo, como he dicho, cuando son conciliadores. Con mayor motivo, aunque también de manera distinta, causan miedo cuando no lo son. He aquí lo que ha escrito Leroy Jones, un apóstol desenfundado de la violencia: «El hombre blanco está enamorado del pasado, de las cosas muertas, y no tardará en convertirse en una cosa muerta. Está enamorado del pasado porque precisamente en el pasado sabe que él existe realmente. Comprende que no puede existir en el futuro, ni tan siquiera en el presente... El hombre blanco debe temer las cosas que están vivas porque tiene el presentimiento de que será sustituido». ¿Por qué he citado un texto entre los más violentos, en el cual, en el fondo, Leroy se limita a hacer una constatación, por añadidura altamente opinable? Por dos motivos: antes de nada, porque en esa profecía de que el hombre blanco «será sustituido» hay más violencia verdadera, homicida y canibalesca, en el fondo, que en cualquier incitación a quemar, destruir, matar. En segundo lugar, porque, sin darse cuenta, Leroy Jones con esas palabras ha desentrañado el verdadero y más profundo motivo del miedo social en América. En otros términos, inconscientemente, Leroy Jones ha dicho que la fuerza moral y cultural a la que los blancos en los Estados Unidos deben hasta ahora su mágica autoridad pertenece a la historia, al pasado; que el entero sistema se ha desviado de su camino maestro, es decir, se ha degenerado; que los blancos tienen miedo de los negros porque están ya muertos y los negros están vivos; es decir, que tienen miedo de estar obligados, por esta muerte cultural y moral, a tener mie-



«Si me preguntasen qué he encontrado de nuevo en este país siempre nuevo, respondería: el miedo». En las fotografías, la policía en acción.

## EN EL PAIS DEL MIEDO

do. Tienen miedo, en definitiva, porque les ha venido a faltar bajo los pies el terreno sólido de la autoridad de la vida, la única que vale.

### la tesis de weber

¿Por qué un sistema político, cultural, económico, degenera? Generalmente porque, por una misteriosa alquimia, sus cualidades, con el tiempo, se transmutan en defectos. Por ejemplo, la dictadura del proletariado, nervio del sistema comunista, puede convertirse en dictadura personal. Por ejemplo, la variedad de nacionalidades, de lenguas y de culturas, en un tiempo gloria de Europa, con las dos guerras mundiales se convirtieron en la ruina de Europa. Por ejemplo, el gran realismo maquiavélico italiano del Renacimiento en nuestros días se convierte en qualunquismo. Refiriéndome a América, quisiera citar algunos versos de Milton, a su vez citados por Max Weber en su clásico ensayo. «La ética protestante y el espíritu del capitalismo». Como es notorio, la tesis de Weber es que en el origen del capitalismo se da la ética calvinista, a su vez basada en la doctrina de la elección a través de la gracia. El elegido de Dios lo es no por su mérito, sino por un inescrutable decreto divino, es decir, por la gracia de Dios. De ahí la comprensible y justificada necesidad de la «prueba de la gracia»: dicho en pocas palabras, el éxito en este mundo como «prueba» precisamente de que la gracia divina le ha sido otorgada con generosidad.

Weber cita a este propósito una significativa frase de Benjamin Franklin: «Si ves un hombre excelente en su profesión es señal de que puede presentarse ante Reyes». Pero basta con la «prueba». He aquí los versos de Milton. Después de haber descrito la expulsión de Adán y Eva del Edén (expulsión que en un artista católico como Masaccio se configura como atroz, inconsolable dolor), Milton continúa: «Adán y Eva —derramaron algunas lágrimas ante tal designio — que generó su naturaleza: pero las pestañas — se secaron pronto. — El mundo entero — ante ellos se

# EN EL PAIS DEL MIEDO

presentaba para hacerles los elegidos — de una morada tranquila; y les gulaba — la Providencia; y ellos, inciertos y lentos, — cogiéndose de la mano a lo largo del desierto — Edén, se dirigieron por el solitario camino».

Estos versos, dice Weber, son los de un puritano. Y de hecho, los Adán y Eva de Masaccio lloran y se lamentan desconsoladamente después de la expulsión del Edén. Pero los Adán y Eva de Milton se las arreglan con dos lagrimitas, y después, «inciertos y lentos, cogiéndose de la mano», guiados por la Providencia, se dirigen hacia el «mundo entero».

## **elegidos o condenados**

Llegados a este punto es necesario decir: despacio, despacio, un momento. Inciertos y lentos, ¡un cuerno! Los Adán y Eva puritanos de Milton no marcaron un paso incierto y lento, sino más bien velocísimo y segurísimo, y se arrojaron, como dos diablos desencadenados verdaderamente, sobre el mundo entero, comenzando por la desierta y romántica América. Se arrojaron con furia y con prisa porque (otra frase de Franklin) «el tiempo es oro», y el dinero quiere decir éxito, y el éxito es «prueba de la gracia divina». Es decir, los Adán y Eva calvinistas tenían absoluta necesidad de demostrarse a sí mismos que no eran condenados sino más bien elegidos. Como dos diablos desencadenados, pues, desembarcaron en América, exterminaron a los indios, importaron millones de esclavos negros, fundaron una nación con numerosas ciudades, se rebelaron contra la madre Inglaterra y la abatieron, prosiguieron la marcha hacia el Oeste armados de Biblias y fusiles, abrieron el país a decenas y decenas de millones de emigrantes europeos, se desgarraron en una de las guerras civiles más sangrientas de la historia, dieron el golpe de gracia al imperio colonial español y lo suplantaron con la política del dólar (inversiones financieras y desembarcos de marines), se convirtieron en los árbitros del

mundo con la primera guerra mundial y dueños del mundo con la segunda. Mientras tanto habían creado toda una cultura con artes, literatura, pensamiento, toda una civilización americana original y potente. Por último, los Adán y Eva de Milton tomaron el puesto de los Imperios coloniales francés, inglés y japonés con el neocolonialismo, el puesto de los imperios económicos europeos con el neocapitalismo, llenaron de oro los subterráneos de Fort Knox y de bombas atómicas los del Pentágono, desencadenaron la cruzada contra el comunismo, primero en Corea, después en Vietnam... La relación de los pasos «inciertos y lentos» de los dos expulsados del Edén es incompleta, naturalmente: se trata ni más ni menos de la historia de la nación más grande del mundo hoy, los Estados Unidos. Pero esta búsqueda furiosa de la «prueba de la gracia», aunque ha conducido a los Adán y Eva de Milton a la conquista del «mundo entero», no ha resuelto la duda: ¿elegidos o condenados? Y es aquí donde se inserta el miedo social de la actual América. Los americanos han obtenido infinitas «pruebas de la gracia», es decir, han obtenido infinidad de éxitos; y todavía, sin embargo, por muchos signos, hoy temen estar condenados. En un momento de su historia que no consiguen identificar ha ocurrido una desviación, se ha verificado una degeneración. Y la autoridad de la vida, aquella autoridad de la que habla Leroy Jones, ha cesado de rodearlos o, por lo menos, así parece. Por ello tienen miedo de ser incapaces mañana, frente a cualquier acontecimiento social (como, por ejemplo, la revolución negra), de restablecer la relación de confianza con la realidad, precisamente esa relación que es, en el fondo, la verdadera, la única «prueba de la gracia».

Edonismo de masa, pero, ¿cuándo ha ocurrido la desviación, cuándo se han verificado los primeros síntomas de la degeneración? No es fácil, resulta casi imposible decirlo. Lo que es seguro es que las virtudes de un tiempo parecen haberse convertido en defectos. Lo de-

muestran las ciudades americanas tan llenas de vida y tan ricas, pero, junto a ello, demasiados barrios siniestros, escuálidos, sórdidos, derruidos, decrepitos. Lo demuestra el racismo de los blancos, traducción en sentido psicológico del antiguo esclavismo. Lo demuestra la potencia aplastante del «business», es decir, hablando bíblicamente, del becerro de oro: esto no lo hubiesen querido los puritanos, porque para ellos el «business» debía haber sido un medio, no un fin. Lo demuestra, finalmente, la vulgaridad de ciertos aspectos de la vida en la América de hoy, que no es la vulgaridad democrática, estrepitosa e ingenua de un tiempo, es, más bien, la vulgaridad de esa colosal ilusión o trampa que se llama consumo de masa, la cual identifica felicidad con consumo, pero que no permite consumir más que sustitutos despreciables y, por añadidura, al precio exorbitante de la vida entera.

Volviendo a lo dicho: los Adán y Eva calvinistas han pasado, sin percatarse de ello, de la elección a la condenación. La «prueba de la gracia» fue el éxito mundano. Por lo que parece, en un momento imprecisable, la idea de la «prueba» fue olvidada y no ha subsistido más que la del éxito. A su vez, el éxito ha sido sustituido por la avidez y el goce de los frutos del éxito. Todo esto nos dice que en los Estados Unidos, por vez primera en su historia, se verifica el fenómeno terrorífico que es necesario llamarlo con el nuevo nombre de hedonismo de masa. Que es lo mismo que decir que nos encontramos frente a una corrupción de la sociedad que fundamenta sus raíces en las razones de vida de la sociedad misma. Se trata, sin embargo, de una extraña corrupción que tiene dos aspectos, uno de adiposidad voraz, que nunca se sacia, y otro de astenia diséptica y sofisticada. Por una parte está el «business», con su continua fagocitosis y transformación de todo, incluida la revuelta contra el «business», en productos; por otra parte, el liberalismo, más o menos «radical», de la cultura humanística tradicional. Resulta

extraño decirlo, pero la gordura malsana del primero es motivada por la delgadez anémica del otro. Y es aquí donde Herbert Marcuse se ha equivocado. Los Adán y Eva calvinistas no han conseguido crear un sistema perfecto que absorba todo y no permite más que el refugio en la utopía. En realidad, el «business» puede, en verdad, fagocitar todo, hasta la revuelta al «business», pero a un nivel tan vulgar, de sustitutivo tan despreciable, que constituye de por sí un límite insuperable. Por otra parte, la otra cara ascética e intelectual de la «prueba de la gracia», el liberalismo empírico y humanístico, no es capaz de fagocitar nada o casi nada, precisamente porque está desvitalizado y se ha vuelto inapetente y anémico por su forzada colusión con el «business». La absorción de los nuevos argumentos de la rebelión por el liberalismo sería posible si se diese todavía la autoridad de la antigua, valerosa búsqueda de la «prueba de la gracia». Pero esa autoridad ya no existe, el «business», el hedonismo de masa, la han destruido. De ahí el miedo.

## **en un teatro de la segunda avenida**

El aspecto extraño de la cuestión es que América, especialmente si se la confronta con las naciones europeas, es todavía hoy país en el que los aspectos positivos son en gran proporción más numerosos que los negativos. El patrimonio de buena voluntad, generosidad, ingenuidad y honestidad americana está muy lejos de haberse gastado del todo. Los mismos americanos de la «middle class» que tienen miedo de tener miedo, se precipitan hoy a comprar armas (solamente en un año se han vendido de dos a cuatro millones de armas de fuego), interrogados individualmente en las numerosas e inútiles encuestas Gallup, responden, en grandísima mayoría, ser favorables a una solución pacífica y justa del problema negro. Y América es, todavía, el país en el cual, según una estadística

reciente, el cuarenta y tres por ciento de los jóvenes comprendidos entre los veinte y veinticinco años consigue ir a la Universidad (la URSS: veinticuatro por ciento; Italia: seis por ciento). En fin, América es el país en el cual el progreso tecnológico, única esperanza, a mi entender, del mundo moderno, es más avanzado y más osado. Pero la psicología social, como la individual, es contradictoria. América tiene muchas «pruebas» de ser «elegida», pero, igualmente, teme estar «condenada». O, lo que es peor todavía, teme tener que descubrir en algún momento que el Dios de Calvino desde el principio era el diablo y que la «elección» desde los comienzos fue «condenación».

Lo difícil que resulta para el liberalismo «radical» americano fagocitar y digerir el drama actual lo demuestra, quizá, mi visita en Washington a uno de los mejores y más poderosos hombres de la actual Administración, quien me rogó no diera su nombre. Le pregunté en cierto momento si veía un nexo entre la derrota en el Vietnam de la máquina de guerra americana y la rebelión de los negros contra el sistema. Si hasta el momento se había mantenido tranquilo, en un instante se enfureció y negó con violencia: no había tal nexo; era, en este caso, el empirismo tradicional anglosajón que se rebelaba contra un modo de pensar por relaciones de especie europea. Y por un momento, aquel personaje típico del neocapitalismo que me había recibido en uno de los habituales, lujosos, silenciosos y alfombrados despachos (secretaría, timbres, teléfonos, dictáfonos, jarrones de flores, pinturas al óleo, muebles de estilo) a la manera también neocapitalista, es decir, juvenil, enérgica y desenvuelta (estaba en mangas de camisa y con pantalones de hilo. ¡Oh, las chaquetas oscuras cruzadas de los ministros italianos!) me había convencido. Pero después, no mucho después, nos encontramos una noche en un viejo y sórdido teatro de la Segunda Aveni-



**La fotografía podría ser simbólica. Una línea divisoria separa hoy a los Estados Unidos. A un lado y otro, pacifistas y belicistas, ricos y pobres, negros y blancos...**

da de Nueva York, en el que se celebraba una manifestación de los «black panthers», grupo extremista negro. El programa comprendía discursos y representaciones teatrales en favor del escritor Eldridge Cleaver, arrestado y encarcelado en San Francisco: se trataba de protestar y recoger dinero para el «bail». El público estaba compuesto por dos tercios de negros y por un tercio de simpatizantes blancos, en su mayoría estudiantes y hippies. Subió al escenario Leroy Jones, una especie de Esopo negro, de enorme cabeza calva y barbuda, cuerpo mezquino, vestido de negro y con una cadena dorada al cuello, y mientras a sus espaldas se mantenían rígidos, torvos, con los brazos cruzados, cuatro atléticos guardias de corps, insultó a los blancos durante una hora, llamándolos degenerados, estetas, falsos artistas, imitadores y esclavos de los negros. Su

resentimiento tenía algo de cavernoso; se percibía que provenía de una zona primitiva, excluida de la ciudad americana, de una zona a donde había sido empujado por el racismo de los blancos. Después de Leroy Jones se ofreció un «sketch» contra los negros que imitan a los blancos; después habló largamente, con voz monótona y clerical, la bellísima mujer de Cleaver; luego subió al escenario Bobby Seale, uno de los mejores oradores negros. Este agredió con desprecio injurioso, precisamente, a esos blancos «radicals» y «new left» que se encontraban en platea: «Blancos, vosotros, blancos liberales, esto es lo que yo hago con vosotros. Cuando estaba en la escuela y encontraba a un pequeño blanco liberal le decía: "Dame el dinero de tu merienda o te corto el pescuezo". Y me lo daba. Porque aquel dinero era mío. Mío a causa de cuatrocientos años

de opresión y racismo. Cuando cojo vuestro dinero, cerdos, no debéis protestar. Liberales, yo os obligaré a sostener el movimiento de liberación negra..., os utilizaremos... para destruir vuestro sistema blanco».

### **«haremos como en el vietnam»**

Finalmente, después de Seale habló James Forman, uno de los organizadores de la interesante manifestación: «Ahora uno pasará por la sala para recoger dinero. Tenemos que recaudar de vosotros de dos mil a tres mil dólares, o sea, que pagad. Si no, haremos "como en el Vietnam". Los vietcong piden dinero a los campesinos y cuando éstos no dan bastante se lo quitan. Así haremos nosotros: si no dais bastante, os controlaremos a la salida y cogemos el dinero que nos haga falta». ¿Por qué he querido contar esta anécdota? Porque mientras el hombre del poder liberal de Washington rechazaba establecer nexo alguno entre la derrota de la máquina militar americana en el Vietnam y la rebelión negra contra el sistema, los negros, allí en el teatro, el nexo lo veían y lo establecían desde el principio, por así decirlo, de una manera mimética. No solamente había un nexo, sino que era necesario actuar como en el Vietnam. Decir a qué puede conducir todo esto es difícil. La peor eventualidad lo constituiría el hecho de que la rebelión negra provocase no ya un racismo blanco, que ya existe y que no puede ser más fuerte, sino la institucionalización del racismo ya existente. En este caso, el abandono del empirismo por parte de los blancos, el descubrimiento de los «nexos» entre cosa y cosa, podría conducir a una radicalización de los contrastes raciales. En otras palabras, a un inimaginable, y por fortuna improbable, nazismo americano. ■ ALBERTO MORAVIA. (Traducción de Alonso Ibarrola.) © L'ESPRESSO-TRIUNFO. Fotos: GLOBE PHOTOS-MONDIAL PRESS y ARCHIVO.